

ENSEÑANZA RELIGIOSA EN LA ESCUELA DE CAMINOS

Por JOSÉ LUIS MÚZQUIZ, Ingeniero de Caminos.

Explica el autor en el presente artículo la orientación que se ha dado a la enseñanza religiosa en nuestra Escuela Especial, que está a su cargo, y que se desarrolla en cuatro cursos, con arreglo a las normas generales que a continuación puede ver el lector.

Notas preliminares.

Como advertencia previa he de decir que en este artículo no voy a tratar de las materias que deben formar parte de la enseñanza religiosa superior, sino de la orientación que he procurado dar a las clases de la Escuela, en virtud de las características especiales que ofrecen los alumnos de Ingeniería.

Es imposible pretender que en el escaso número de horas que se asignan para la enseñanza religiosa, puedan los alumnos de la Escuela llegar a profundizar en las principales verdades del Dogma. Pues si bien el nivel medio de su formación religiosa es bastante elevado, en cambio su falta de preparación filosófica es un obstáculo serio para todo lo que pueda suponer un estudio teológico a fondo de esta clase de problemas.

Varios años de preparación casi exclusivamente matemática, producen una polarización de la inteligencia: una facilidad extraordinaria para penetrar en los problemas de la técnica al mismo tiempo que una dificultad —mezclada en muchos casos con displancia— para el estudio de cualquier otra disciplina.

Al encargarme de las clases de la Escuela de Caminos, pensé que, antes que nada, se hacía preciso despertar inquietudes y abrir horizontes espirituales a los alumnos, hipótesis que he visto confirmada en los dos años que llevo dirigiendo las clases. Y como los estudiantes de Ingeniero, debido a la polarización anteriormente citada, no pueden prescindir en sus estudios y en sus investigaciones de las realidades concretas, he procurado, al descubrir estos nuevos horizontes, más que presentarles cuestiones nuevas, hacerles vivir, con visión religiosa y moral, aquellos problemas que principalmente se han de encontrar cuando salgan de la Escuela y comiencen el ejercicio de su actividad profesional.

Separación de la Religión y la vida.

Precisamente, el error de la formación religiosa durante muchas generaciones ha sido el de suponer la Religión al margen de la vida y de la actividad. En lugar de impregnarlo todo de sentido sobrenatural, para la mayoría de los cristianos, el ejercicio de la Religión quedaba limitado al cumplimiento de unas prácticas piadosas —quizá unas oracioncitas al comienzo y al final del día— y, lo más, a algunas obras de caridad o de misericordia.

Esto es evidentemente un absurdo, ya que la Religión es vida y la vida supone una continua e ininterrumpida actividad: "*Oportet semper orare et non deficere*" (Loc. 18, 1). Es preciso en todo momento orar —es decir, elevar el corazón a Dios— sin desfallecer. Y esto, que parece a primera vista un imposible, lo podemos realizar si enderezamos todas nuestras acciones hacia Dios, rectificando la intención. "Ya comáis, ya bebáis...", dice S. Pablo.

Toda ocupación legítima no sólo no nos aparta, sino que es un medio para unirnos más a Dios. Y si esto ocurre con cualquier ocupación, sucederá, con mucha mayor razón, si se trata de una labor de la importancia de la que desarrolla el Ingeniero.

Materia y espíritu.

La materia no es mala; afirmar otra cosa sería caer en el maniqueísmo. Pero del mismo modo que el cuerpo sin alma se queda sin vida y al poco tiempo entra en putrefacción, así ocurre con la actividad material que no está informada por ideales de orden superior; muchos de los males de la sociedad que ahora vemos deshacerse, estaban causados por este predominio casi exclusivo de los valores de orden puramente mecánico y materialista.

Por otra parte, no podemos dejar de considerar que el hombre en la plenitud de su vida en este mundo no es un ser puramente espiritual: el compuesto humano es espíritu y materia, y precisamente la perfección de su ser implica la compenetración de estos dos elementos, de modo que los valores de orden inferior se subordinan a los de orden superior.

Esto que sucede en el individuo, acontece también en la Sociedad; existen valores espirituales y materiales, debiendo éstos estar unidos y sujetos a aquéllos para que se logre la perfección del conjunto.

Es uno de los principios más conocidos en Teología que la gracia no destruye la naturaleza, sino que la perfecciona. El orden natural y el orden sobrenatural proceden ambos de Dios: no puede haber oposición entre ellos. El elemento sobrenatural viene a perfeccionar la vida del individuo y la vida de la Sociedad; la Religión no destruye el orden mecánico, económico ni social, sino que lo eleva comunicándole, en cierto modo, como una participación de las mismas perfecciones divinas.

Visión positiva.

Si la vida religiosa y sobrenatural supone, por tanto, perfección y elevación de nuestras actividades naturales, es lógico que en el estudio de los problemas dogmáticos y morales no presentemos a los alumnos solamente una serie de barreras y obstáculos que impidan el desarrollo de su actividad.

No quiere decir esto que queramos prescindir del estudio de las leyes, ni que restemos importancia a los preceptos: desgraciadamente el hombre, en su estado de naturaleza caída después del pecado original, tiene una tendencia hacia el mal y son necesarios los preceptos y las leyes negativas. No siempre obran los hombres por motivos de amor; muchas veces es el temor el único freno que les impide el ejercicio del mal. Y por esto precisamente la Iglesia, como buena Madre conocedora de las flaquezas de sus hijos, exige sólo un dolor de atrición cuando los fieles se acercan al Sacramento de la Penitencia.

Pero una cosa es esto, y otra, la limitación de horizontes y de ideales; la Religión no es enemiga de nuestra felicidad en la tierra ni los preceptos morales son rígidas murallas que cercan el alma. Ni tampoco son como árboles de frutas prohibidas, de las que no hay que comer, pero a las que es permitido acercarse — cuanto más mejor —, para saciar esa ansiedad de riquezas y de bienes de la sociedad materialista.

Por eso, al tratar en las clases de Religión de la

Escuela de los problemas dogmáticos y morales, he procurado enfocarlos de modo positivo, presentando a los alumnos las virtudes como metas a las que han de tender. No hay que confundir lo substancial con lo secundario, ni el fin con los medios para conseguirlo, ni con los remedios que nos impidan apartarnos de él.

Sentido de Caridad.

"*Deus Caritas est*", "Dios es Caridad" (I Jo. 4,8) y la perfección del hombre estriba en la posesión de Dios por el amor, y en la expansión de este amor de Dios a todo lo que le rodea, y especialmente a sus semejantes.

La actuación profesional del Ingeniero debe ser, ante todo, ejercicio de la Caridad, porque el Ingeniero, al trabajar en las obras públicas, mejora —haciéndola más agradable y fecunda— la vida de los demás. Y hasta podríamos decir que las vías de comunicación que abre son un medio — aunque luego se abuse de él algunas veces — para estrechar los lazos de unión y fraternidad entre los hombres.

Pero, además, el Ingeniero puede ejercer la Caridad de modo directo: a sus órdenes trabajan multitud de hombres, sobre los que puede influir con su palabra y con su ejemplo y a los que puede aplicar las mejoras sociales tantas veces propugnadas por la Iglesia. Por todas estas razones, el conocimiento de la virtud de la Caridad ocupa un lugar importante en la enseñanza religiosa en la Escuela. Se dedican varios temas al estudio de la influencia social del Ingeniero, a las mejoras a los obreros en su vida y en sus condiciones de trabajo, al descanso dominical, etc., procurando dar amplitud de visión a los alumnos para que en el ejercicio de la profesión no vean solamente un medio de lucro.

Y como a veces es más fácil guardar el precepto del amor con los inferiores que con los iguales, se tratan también con cierta extensión los deberes de fraternidad, dando la importancia debida, tanto a los deberes negativos (murmuración, calumnia, egoísmo, etcétera) como a los positivos (ayuda y corrección fraterna).

Se procura además, en todos estos temas, infundir a los futuros Ingenieros un sentido de responsabilidad, de modo que se den cuenta que la posición influyente que ocuparán después en la vida, será fuente, no sólo de derechos, sino de deberes, y que el Señor ha de pedirles cuentas de todos los talentos recibidos.

Cumplimiento del deber.

La importancia que se da a la enseñanza de la virtud de la Caridad no puede hacer olvidar el estudio de la de la Justicia en sus múltiples y variados aspectos. Todo Ingeniero tiene unos deberes morales que cumplir, ya se encuentre al servicio de la Administración Pública, al de una Empresa privada, o ya trabaje particularmente. Dentro de la virtud de la Justicia entran problemas tan importantes para el Ingeniero como el de los contratos, tanto de obra como de trabajo, compra y alquiler; y otros temas interesantes, tales como el de la veracidad y el del secreto profesional, pueden también considerarse como deberes de justicia.

Carácter práctico y dogmático de la enseñanza.

Dada la psicología de los Ingenieros y su contacto anteriormente dicho con los problemas reales y concretos, se ha procurado no solamente hacer participar

y vivir a los alumnos estas cuestiones, sino proponerles frecuentemente temas y problemas prácticos de dogma, moral profesional, etc. De este modo se ha logrado no sólo una mayor fijación de las ideas, sino un interés creciente por los problemas religiosos y morales; con frecuencia han sido los mismos alumnos los que planteaban cuestiones prácticas que les preocupaban en la actualidad o en un futuro próximo.

Pero este carácter práctico de la enseñanza no puede llevar a la casuística pura, ni hacer olvidar que el Dogma es el fundamento de los problemas morales. De los cuatro cursos de enseñanza religiosa en la Escuela, los dos primeros se dedican a la formación apologética y dogmática, y los dos últimos, principalmente a las cuestiones morales. Y tanto en unos como en otros se ha procurado que los alumnos — dentro de las limitaciones de tiempo y dificultades anteriormente citadas — lleguen al convencimiento de la importancia de las verdades dogmáticas, y las asimilen, haciéndolas alma de su vida.

